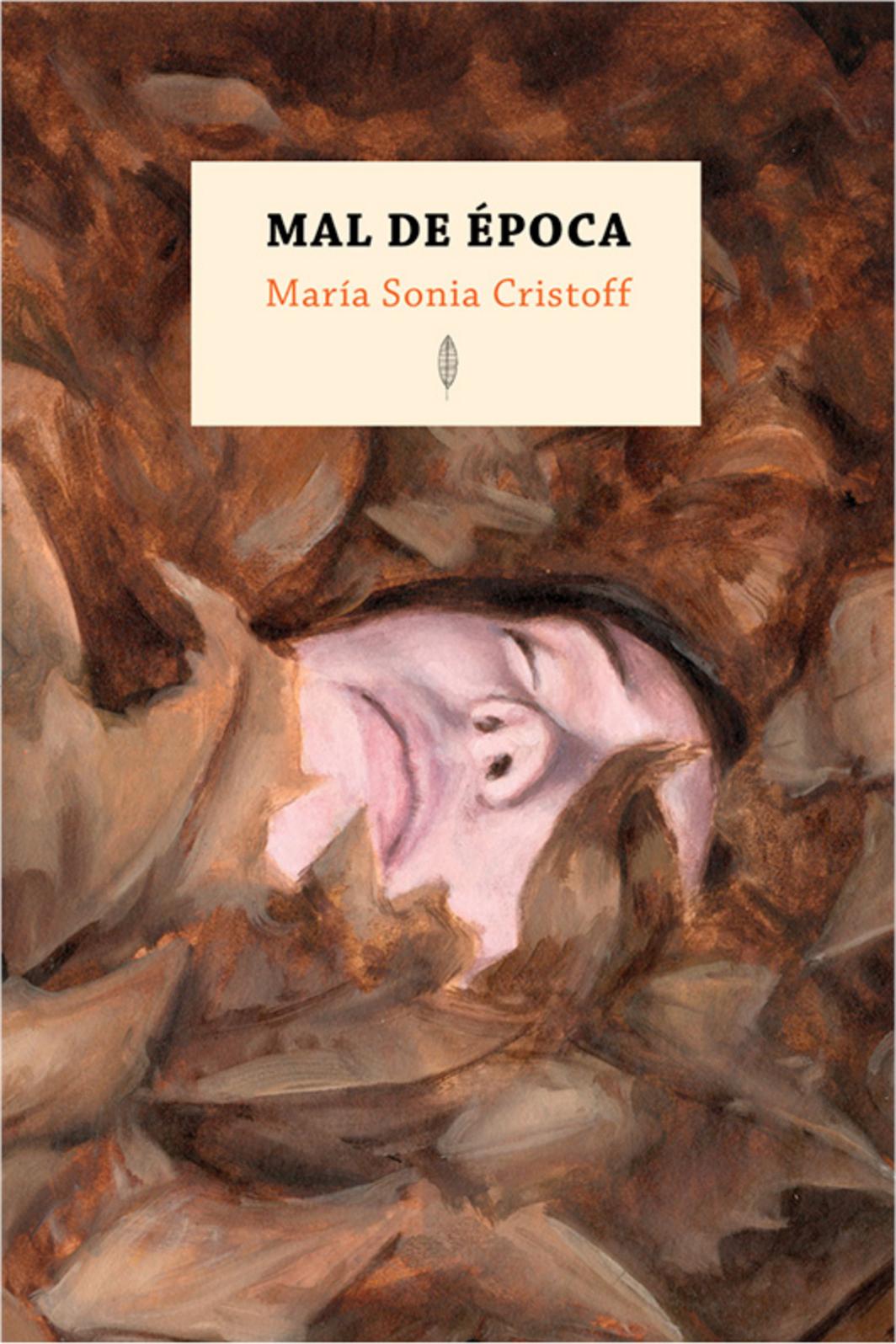


MAL DE ÉPOCA

María Sonia Cristoff



MAL DE ÉPOCA

María Sonia Cristoff

LAUREL

Se lo puede ver marchando con la
milagrosa destreza del sonámbulo por
el borde extremo del vacío que a veces
se forma al comienzo de las tardes.

Retrato de un desconocido,

NATHALIE SARRAUTE

Epílogo

No sabré nada más. De acuerdo, no insisto. Perdí la cuenta de las horas, de los días. Yo acá, pegada a esta jaula. Preguntando, adivinando. Todo en vano. La única pista disponible es este guaicurú encerrado que, a mí, no me dice nada. Impertérrito. Mudo. Supe identificar cuál es, eso sí. Cuál el guaicurú cómplice entre todos los que vuelan adentro de esta jaula. Intenté azuzarlo, llamarlo por su nombre, llamarlo por otros, motivarlo con alimentos variados que más de una vez me provocaron arcadas. Algo, lo que sea, una mínima pista. Adónde puede haberse ido FG, con qué planes. Nada, me atraviesa con su mirada, como si ni siquiera me registrara, como si yo no estuviera acá. Haga lo que haga. Un día, después de asegurarme de que nadie me viera, intenté cantarle. No cualquier canción sino esa en particular. La que él y FG convirtieron en contraseña, en código de cómplices. La ensayé en varios registros, la practiqué frente a conocidos y a extraños, la remixé en versiones especiales para él. Nada. Idéntico resultado. Y hasta hubo un día –¿el tercero, el séptimo?– en el que intenté descifrar qué es lo que quiere decir con esa pluma, con los sonidos que saca de esa pluma que hace rebotar contra el suelo.

Sé que no es un juego, como dicen acá. Los grabé bien de cerca, lo más nítido que pude, y después fui armando una tabla de correspondencias entre esos sonidos y todas las letras del alfabeto, con sílabas incluso. Pasé noches enteras tratando de encontrar esas correspondencias. Llevé los diagramas a amigos músicos, a un par de ornitólogos de lo más recomendados. Imposible descifrarlos. Pero sé que lo que está detrás no es un juego sino un código, una especie de morse, lo sé. Una de las tantas cosas que me contó FG en alguno de nuestros encuentros, quién sabe en cuál, perdí la cuenta, los días, perdí incluso el rastro del libro que estaba escribiendo antes de conocerlo. Lo único que me queda es esta transcripción que acabo de terminar, un registro de lo que me fue contando aquel día en que el azar lo puso en mi camino, un intento de probar los poderes invocatorios de la escritura. Eso y este guaicurú que mira para otro lado, como esperando la oportunidad de salir de ahí. O ni siquiera: esperando el momento en que yo me vaya. Asumo mi derrota frente al silencio animal. No sabré nada más. De acuerdo, no insisto. No por hoy, al menos.

Uno

Hay alguien en aquella esquina, una mujer o una sombra, y tal vez ella, mujer o sombra, le pueda dar una clave, una pista. Hay veces en que el más completo desconocido puede ser el mejor amigo, la única salvación. Así le pasaba por allá. Cree. Si es que se acuerda bien. Si la memoria no le falla, si la vista tampoco. Demasiados requisitos. FG se va acercando y la sombra alejando, como en un juego, como en una pesadilla, también como allá. Pasan autos, pasa gente, unas sillas avanzan sobre la vereda, unos santos de yeso se encaraman en una vidriera, una bolsa de basura también se encarama sobre otras, todas abiertas, como una profanación o no, como lo que nunca tendría que haberse dado por muerto, por descartado. Lo que FG agradece mientras avanza es que esas cosas se vayan volviendo reales, palpables, ya no más un espejismo entre las ruinas. La mujer le habla de precios, de horas y de una nación perdida. Él de nada, no quiere hablarle de nada. Ni a ella ni a nadie. Solo preguntarle por la pista, la clave, pero no llega a ese punto porque antes ella lo empuja contra una cama, una camita, un catre, y le dice que lo que más le gusta son los chicos como él, bien fresquitos y morochones, como los de su

nación perdida. FG no sabe de qué le habla, pero igual se queda quieto, se ablanda, se deja hacer por un momento, así se olvida de lo que pensaba cuando estaba allá, en la otra punta de la esquina. El catre es ínfimo y no hay quien pueda mejorarlo. Así le dice la mujer después, cuando termina con él, porque lo cierto es que se encargó de todo. De todo. Eso es lo que más extrañaba por allá, las mujeres que saben encargarse de todo. Estoy en la casa de mi madre, piensa de repente. Estoy en la cama de mi madre. No hay quien pueda mejorar este catre porque todo lo que recauda se lo manda a su familia, allá en el Sur, dice la mujer. Le pregunta si alguna vez fue para allá, si conoce las montañas, los caminos de tierra y los bosques profundos. FG conoce montañas y desiertos profundos, pero no se lo dice, y en cambio le dice que viene de la guerra. Entonces ella se ríe muchísimo, se ríe como atravesada por unas convulsiones de las que se recupera para volver a reírse. Toma aire y le dice que le hace acordar a alguien, no se acuerda si a uno de los tantos que pasan por ahí o a uno que vio en una película. Después le propone otro intercambio en el que confluyen horas y plata y una serie de técnicas. No sé nada de técnicas, tampoco de tácticas, le dice FG y se arrepiente, detesta ese ánimo delator, se acurruca para no recibir el castigo pero el castigo no llega. Apenas la risa de la mujer, todavía, las carcajadas en eco. El cuerpo que se estremece

como si estuviera a punto de estallar, se contorsiona. Hace tanto que no escucha a alguien reírse a carcajadas, hace tanto tiempo que el sonido lo descoloca. Lo hace tambalear, si es que tal cosa fuera posible de discernir en ese catre vencido. El eco le rebota en las paredes del cráneo, le recuerda que tiene que estar más alerta. Más alerta, más atento. Siente un dolor fuerte en la espalda, un golpe. No un golpe sino el recuerdo de un golpe. No se trata de recordar sino de hacer lo que vino a hacer, pero nadie se lo dice, nadie lo espera, nadie le da la clave, ni siquiera esta mujer en la que depositó tantas expectativas hoy allá en la esquina, esta mujer que ahora lo hunde en el catre y lo monta mientras él piensa en las ánimas que rondaban por allá, esas ánimas que lo amparaban y le hablaban al oído y le armaban una cortina de humo, un velo de vapor, un filtro a través del cual él veía las cosas con la nitidez justa, como ahora ve este torso latiente, húmedo, el torso de un bicho al que acaban de arrancarle el caparazón.

La noche está densa también afuera. Este calor sin límites, sin tregua. FG sabe de qué se trata, lo sabe bien. En ese sentido, esta ciudad no va a sorprenderlo.

Que ni lo sueñe. Nunca había estado en Buenos Aires, ni una sola vez, y allá algunos, los pocos que hablaban, casi nadie en realidad, tal vez uno, uno sí, seguro, eso se acuerda, se acuerda de un día en que estaba sirviendo unos fideos apelmazados con una carne recién carneada, carne de qué no preguntan, y entonces alguien, un chico recién llegado, un pobre tipo que al tiempo nomás desapareció, al menos desapareció de su vista, un granjerito recién llegado que por el olor a comida se confundió, o se alteró o pensó que ese plato de carne que él le estaba sirviendo era algo distinto que combustible para seguir, un chico recién llegado, en fin, le preguntó si alguna vez había estado en Buenos Aires. Así nomás se lo preguntó, como si estuvieran en la barra de un bar, en una ruta haciendo dedo juntos, en un avión con azafatas en minifalda, así nomás le hizo una pregunta que nunca le había hecho nadie allá, porque nadie relacionaba su sobrenombre, que no era FG, con su país de origen, nadie, y mucho menos los granjeritos recién llegados, que no saben nada de nada y mucho menos acerca de ciudades de su país de origen, y mucho menos acerca de esta ciudad que ahora es el destino de una misión sin clave, al menos por ahora, y que durante años, antes, había sido la ciudad innombrable, el topónimo desquiciante. Todo estallaba en su casa cada vez que alguien decía que mejor habría sido que se hubiesen ido a

Buenos Aires. Todo. Durante una de esas peleas se podía caer una silla y quedar ahí tirada en medio de la cocina durante días, semanas, lo que durara el rencor, si es que alguna vez el rencor dejó de durar. A veces la frase la decía su padre, a veces su madre. Los dos con el mismo derecho, la misma convicción durante esos años iniciales, cuando recién llegaron a ese desierto del que a su vez décadas antes se habían ido sus abuelos o sus tatarabuelos o quien sea en su familia. Mejor nos hubiéramos ido a Buenos Aires, decían mientras por la ventanita puro desierto, un paisaje lunar, incógnito. De cuál de los dos había sido la idea, quién era el culpable de que hubieran ido a parar ahí. FG esperaba ansioso que se armara la pelea siguiente para ver si alguna señal de la cara, alguna frase, alguna palabra, algún gesto en los hombros, en los puños, algún grado de enrojecimiento de la cara, alguna estridencia de la voz revelaba cuál había sido el verdadero culpable. De cuál de los dos había surgido la idea de paliar una crisis nacional yéndose al desierto. De ninguno: de los antepasados. Qué fácil. Y qué monstruosidad los antepasados, puras historias para enloquecer a los niños. Mejor nos hubiéramos ido a Buenos Aires. Mejor y olvidarse de esa emboscada. Mejor y basta con ese desierto instalado en la ventana, con todo lo que estaba ahí afuera. FG se quedaba horas en esa casita nueva, horrenda, como un árbitro de

box, a ver cuál de sus padres argumentaba mejor después de haber pronunciado la frase. Uno de esos misterios de las familias, una porquería total. Sus hermanas se reían de su obsesión o se perdían o se tomaban entre ellas los ejercicios de árabe y no le prestaban la más mínima atención. Estaban todos ahí, en ese lugar sórdido, con una perspectiva penosa y sin salida, sin la más mínima salida porque, eso sí quedaba claro en las peleas, sus padres habían perdido todo, y lo poco que no, lo poco que alguna vez tuvieron, lo habían vendido para volver al lugar del que sus propios abuelos o tatarabuelos se habían ido porque ya entonces no veían ahí ninguna perspectiva, nada, una muerte en vida. FG cree que lo menos que un hijo tiene que saber es a quién se le ocurrió por primera vez embarcar a todos en un plan de muerte en vida, muerte lenta, vida muerta. Por eso aquel día, vencido, harto de sus arbitrajes infructuosos, aquel día en que comían todos lúgubres alrededor de la mesa, lo que hizo fue pararse y decir la frase, pronunciar el topónimo maldito, y lo hizo igual que ellos, con esa carga de pesar estancado, con esa entonación pastosa. Las hermanas se rieron pero solo por un instante, una mueca de risa en realidad, porque enseguida llegó el golpe y él se dobló sobre la mesa. Después silencio absoluto, una mordaza automática en la boca de todos, el padre mirándolo con miedo, no con la conmiseración

esperable del instinto paterno sino con miedo, con terror, un terror que lo desvirtuaba, lo desfiguraba, y que al día de hoy sigue deformándolo. Después de esa noche FG se fue de la casa horrenda, asfixiante, no volvió a escuchar el nombre de esta ciudad monstruo durante años, muchos, nunca durante mucho tiempo, y si algún día lo volvía a escuchar quería que fuera únicamente porque había salido de su boca, quería que quedara bien claro que él era único que tenía derecho a pronunciar el nombre de esta ciudad y eso es lo que le dijo al granjerito, se lo susurró al oído con la misma saliva con la que después le escupió su ración del día.

FG camina hasta el cordón de una vereda. Un lugar en el que no haya tantos autos, piensa, un lugar tranquilo. Abre la bolsa y saca lo que compró para comer, las latas para tomar. Ordena las cosas en fila sobre el cordón y después se sienta, como una cosa más en esa fila, mirando él también hacia la calle. Pasan infinitos –¿setenta, dos mil?– autos por minuto. La noche no detiene la marcha de nada ni de nadie. La cantidad de autos por minuto aumenta, y pasan tan cerca y tan rápido que se desdibujan.